

92

Cuando te persigue el invierno

Seudónimo. Chicho Sibilio

Categoría General

Mi último recuerdo de infancia es una fotografía en blanco y negro. Un fotograma congelado en la memoria, en la que el espectador, yo, contempla desde el interior de un tonel de salazón, a través de las juntas huecas de las duelas, la escena que marcará el final de su niñez.

Al otro lado, mientras mi madre yace en el suelo con un agujero negro en la frente, del que brota un fino hilo de sangre oscura, mi padre se niega a arrodillarse, ante las bruscas maneras de tres soldados y un sargento. Aún, si cierro los ojos con fuerza y suplico a mi ya desgastada memoria, por regresar a ese invierno del treinta y siete, la fotografía toma vida, se mueve, y el invierno vierte su aliento glacial sobre el anciano que hoy soy, y al que ha perseguido durante toda su vida.

—Morirás de todas maneras, Tomás —dice el sargento, mientras los otros tres hombres apuntan al carpintero, con sus fusiles—. Si te arrodillas, un único disparo, como tu mujer. Sin embargo, si no lo haces, no puedo garantizar que mis hombres yerren una y otra vez, hasta que mueras desangrado.

Mi padre no se movió. Su mayor deseo era avivar la ira del hombre que acababa de asesinar la mitad de su universo. Podía adivinarlo desde el interior del barril en el que él mismo me había introducido, en el preciso instante en que unos nudillos golpearon la puerta y la voz del sargento Vázquez atravesó los visillos de la casa, con la misma

facilidad con la que un silbido rasga el aire. Mi padre, aunque ello conllevara mi orfandad, deseaba morir. No rebló ni cuando uno de los subordinados del sargento le golpeó en la rodilla con su rifle. Dobló la rodilla, ahogó un quejido sordo que le contrajo las facciones alrededor de los labios, y volvió a alzarse, aún con más orgullo, con menos miedo. Pero fue entonces empero, cuando Vázquez pronunció las palabras que aventaron la determinación de mi padre, como un castillo de naipes en mitad de un vendaval.

—O te arrodillas, o disparamos a todos los armarios, a todas las camas, a cualquier lugar donde hayáis podido esconder a la ratita esa, a la que llamáis hijo —sentenció el vil, con voz queda.

Como si fuera un títere al que acaban de sajarle los cordeles, mi padre se derrumbó de súbito sobre sus rodillas. Los brazos laxos, la cabeza ladeada hacia el lugar donde su esposa, tendida inerte, extendía la mano flácida hacia él, como si supiera qué era lo que acaecería en uno de esos breves instantes, capaces de congelar el segundo de la vida.

—Dale la paz que su falta de fe no le han concedido y que se vaya a dónde quiera que descansen los que no creen en el paraíso —instó el sargento, a uno de los hombres que le acompañaban.

El obsecuente subordinado del sargento, sin dilación, colocó la boca del rifle en la cabeza de mi padre y apretó el gatillo. Las películas y las series televisivas, nos han engañado cuando muestran disparos en sus proyecciones. No hubo un estruendo sordo, ni mi padre cayó con gracia, dejando que la sangre fluyera lentamente alrededor de su cuerpo. No, el disparó reverberó por toda la habitación, haciendo que el resto de hombres se llevaran las manos a los oídos, mientras la cabeza de mi padre se abría como una calabaza que ha sido lanzada al aire, y la sangre, viscosa, acompañada de restos pastosos, se adhería por las paredes. Incluso entre las juntas del barril en el que yo me ocultaba.

Cuando aquellos hombres salieron de mi hogar, dejando el silencio tan espeso que costaba respirar, como si tuviera una bola de algodón en la garganta, en el exterior de aquel barril se había creado un mundo totalmente diferente para mí. Me hubiera gustado decir que las manos de mis padres se encontraron sobre el suelo. Pero nada más lejos de eso. Mientras que mi madre —había sido ajusticiada con un revólver— yacía con cierta elegancia y los ojos muy abiertos, el cuerpo de mi padre finalizaba en la mandíbula y se encontraba tendido de espaldas a mi madre. Caminé hasta ellos, cuando escuché el motor que había traído la muerte hasta mi casa, y me tumbé entre

ambos cuerpos, sin importarme hacerlo sobre un charco de sangre alquitranada. Tomé una mano de cada uno y cerré los ojos. No tardé en quedarme dormido. Tenía tres años, acababa de dejar ser un niño y el invierno que batía los cuartillos y regaba de escarcha los rosales, no me abandonaría durante el resto de mi existencia.

El hospicio donde pasé los siguientes tres años era un vergel yeco donde se enraizaban los hijos de los vencidos. Los camastros, donde nos hacinábamos unos sobre otros, para paliar en poco la crudeza de los meses fríos, eran nidos de chinches que nos hubieran hecho brincar, si no hubiéramos estado atenazados por el miedo. Porque el miedo nunca desaparecía. Podía enmascararse mientras masticábamos como ratones, mendrugos de pan duro, untados en leche agria. O cuando, rara vez, jugábamos al fútbol con un balón hecho con trapos viejos rodeados de cuerda de tendadero. Pero en realidad el miedo siempre estaba ahí, presente, agazapado por detrás de cada sombra del barracón. Temiendo secuencias como cuando una de las monjas que lo regentaban aparecía en mitad de la noche y se llevaba a uno de los niños de la mano, susurrándole la suerte que tendría si se portaba bien con las personas que iba a conocer. Nunca supimos el trasfondo de dicha suerte o si era tal, ninguno de esos niños volvía al amanecer, ningún amanecer.

El día en que Justino Vidorreta se presentó en el hospicio, del brazo de su señora, como de costumbre, Sor Inés y Sor Narcisa nos alinearon frente a la fachada principal del edificio, componiendo una triste escena. Ciento treinta y tres niños y niñas, medio desnudos, rapados y flacos como un arañazo, mirando a dos señoritos que, cogidos de la mano, pasaban revista como si alguno de nosotros pudiera destacar entre los demás. Algo imposible, a todos quienes allí vivíamos el invierno nos perseguía, abrazándonos, recordándonos el momento en que se nos habían negado las sonrisas y apagado la luz de la inocencia, que nimbaba detrás de unas pupilas opacadas como espejos desazogados.

No había diferencias visibles entre todos nosotros, ni siquiera por edad. Todos raquítricos, pelados tanto niños como niñas, con idénticas vestimentas a base de bombachos y camisas sucias, que impedían discernir con certeza el sexo. Incluso, las pocas niñas que continuaban allí con doce o trece años, dada la hambruna que nos azotaba y que no se extendía a las orondas regentes del orfanato, apenas daban relieve a su vestimenta en caderas y pecho. Cuando, esporádicamente, alguna pareja se llegaba hasta

allí y elegía a alguno de nosotros, teníamos la certeza de que era más una cuestión de azar, que por cualquier tipo de preferencias.

Por eso mismo, cuando, después de haberse detenido frente a mí durante unos breves segundos y tras caminar hasta la posición de Sor Narcisa, la religiosa se llegó hasta mí con prisas y me sacó de la fila, mientras el resto de mis compañeros regresaban al interior del edificio, era incapaz de comprender qué podía tener de especial para haber sido digno de su elección. Aunque ese hecho, el que me hubiesen elegido por encima de mis compañeros de fila, camastro y miserias, distaba mucho de poder ser considerado como un golpe de suerte.

Eran muchas las oscuras historias que corrían en el hospicio, normalmente en boca de los más mayores, aquellos que ya habían perdido toda ilusión por ser elegidos y confiaban su futuro a una huida de aquel lugar, en el preciso instante en que tuvieran edad para poder hacerlo sin represalias. Esclavitudes en campos de cultivo, siervos de tortura, cautivos sexuales de hombres de poder, incluso de miembros de la alta jerarquía eclesiástica...cualquier posibilidad, escuchada de labios de los mayores, parecía un infierno aún más gélido que continuar en aquel orfanato.

Puede que opinásemos así porque jamás nos planteamos el por qué jamás superábamos el número de plazas del hospicio. Cada vez que nuevas incorporaciones hacían que frisáramos la cantidad máxima para convertir la hambruna y el aglutinamiento en algo insoportable, dudosas enfermedades hacían que la fosa común de las traseras del orfanato aumentara su concurrencia y, del mismo modo, que la ocupación se mantuviera dentro de lo que las monjas consideraban como aceptable. Existían indicios que podían habernos hecho dudar de aquellas muertes, siempre acaecidas en mitad de la noche o cuando los finados estaban solos; los tullidos, los que se acercaban a la edad límite de catorce años o eran poseedores de una rebeldía inasumible. Incluso aquellas chicas que, después de pasar unos meses al servicio de un monasterio cercano, regresaban con vómitos y ropas cada vez más holgadas. Todos ellos eran las víctimas predilectas de aquella selectiva enfermedad que mantenía el dudoso equilibrio en el hospicio y el miedo en nuestros cuerpos.

Justino y su mujer, Beatriz, me miraron de los pies a la cabeza, mientras la hermana Narcisa me apretaba las huesudas mejillas para que abriera la boca y les mostrase la dentadura, como si estuvieran comprando un jamelgo.

—Un poco sucias, pero sanas. Y aún son las de leche —dijo la monja, mientras liberaba mis carrillos de la presión de los dedos—. Es un buen chico. Ninguno de estos niños tienen la culpa de lo que hicieran sus padres. Una segunda oportunidad es don de buena gente, de esa que el Todopoderoso protege, en esta vida y en la otra —concluyó.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —me preguntó Beatriz, inclinándose levemente, para que nuestras cabezas quedaran a la par. Un amable perfume a flores frescas me colapsó el olfato. Hacía años que no respiraba un aroma tan reconfortante.

—Alejandro —anticipó Sor Narcisa, antes de que yo pudiera, siquiera separar los labios.

—¿Y cuántos años tienes? —preguntó, sin apartar su mirada ámbar de mis ojos. La monja no contestó, no hubiera sabido hacerlo sin inventarse la respuesta.

—Seis en un mes, el trece de febrero, señora —respondí al rato, en apenas un bisbiseo.

—Creo que ha dicho seis —dijo la señora a su marido.

—Sí, seis tiene —corroboró la hermana Narcisa, como si en realidad lo supiera o le importase lo más mínimo.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó el prohombre a la religiosa. La monja sonrió como una hiena satisfecha. Ese tipo de sonrisa maliciosa que muestra el lobo al ciervo, cuando ambos han comprendido su condición.

—Ninguno de los niños que viven aquí tienen apellido. El apellido se desprende de ellos en el preciso instante en que acuden a nuestra institución, en busca de la paz y el orden que la mala cabeza, o la maldad de sus padres, no supieron darles. Satisfecho por la respuesta de la hermana Narcisa, Justino amplió el contorno de su pecho acaparando mucho aire, para después expulsarlo mientras me formulaba la última pregunta, la que habría de cambiar mi vida para siempre.

—¿Quieres venir a casa con nosotros y llevar el apellido Vidorreta? Yo ya tenía un apellido, no quería otro. Por mucho que aquella monja endiablada hubiera dicho que no, yo tenía mi propio apellido. Había algo en aquella secuencia glacial empero, que me llevó a asentir con la cabeza en silencio. Momento en el que Justino Vidorreta sacó una pequeña bolsa, que acabó tintineando entre los dedos trémulos de la hermana Narcisa, un segundo antes de guardárselos entre el pliegue del hábito a la altura de la cintura.

—Recoge tus cosas y vámonos —me instó Beatriz. Ya desde aquel instante, sentí predilección por ella, muy por encima de su esposo.

Miré a la monja, confundido. En los años que había pasado allí apenas había acumulado un bote de metal oxidado con dos rodamientos metálicos que ejercían de canicas, un cordel con el que ataba lagartijas en los meses cálidos y algún recorte de periódico, donde se veían edificios especialmente bonitos. Escaso bagaje y, por supuesto, prescindible. La ropa no era mía, iba pasando de muchacho en muchacho, sin apenas un pase de jabón. Por lo que incluso la que vestía, al llevármela de aquel lugar, sería un préstamo procrastinado.

Intuyendo el porqué de mi mutismo y el modo en que miraba a la monja, Beatriz posó su mano sobre mi hombro y me condujo hasta el coche en el que había llegado; un haiga de color negro y cristales relucientes. Me sentó en el asiento trasero y en un susurro que me acarició el oído y el alma, me juró que todo estaba bien, que no me tendría que volver a preocupar por el hambre o el frío. Y yo le creí, porque sus palabras eran sinceras y sus ojos no sabían mentir. Lo intentó, lo hizo durante toda su vida, rasgar el invierno que trepaba por mis piernas y, en ocasiones, me atenazaba. Aunque jamás lo consiguió; no del todo.

Cuando Justino alcanzó el coche y lo enfiló por el suelo de gravilla que salía del recinto del orfanato, me asomé por la ventana con cautela, era la primera vez que viajaba en un vehículo así. A través del cristal pude ver a mis compañeros de hospicio mirarme desde las ventanas del edificio donde volvían a estar confinados, observándome con los ojos muy abiertos. Ojos enormes en pequeñas cabezas calvas de pómulos huesudos. Parecían asustados y tristes por no haber sido ellos los elegidos para huir de aquel lugar que hedía a muerte y abandono. Era curioso, lo supe cuando dejé de mirar hacia el orfanato y contemplé la carretera pedregosa por la que traqueábamos; ellos eran los decepcionados y sin embargo, era yo el que sentía miedo.

Eran muchos los rumores que solía correr entre los camastros del orfanato, cada vez que alguno de los chicos salía en coches similares al que yo ocupaba, o camionetas desvencijadas, incluso sobre burras, cualquier vehículo era válido. Toda suerte de historias tristes con tortuosos desenlaces, que hacían que durmiéramos con un ojo entreabierto. Sin embargo, también había otras, cuentos de hadas en los que los niños que salían de allí acababan formando parte de una familia, o trabajando como mozos en algún colmado, o como doncellas de señoritas, que les permitían usar las polveras y el lápiz de ojos. Era tal el relumbre de estas últimas historias, que el miedo a que las anteriores pudieran ser ciertas se narcotizaba con la posibilidad de vivir una de las segundas y mucho más benévolas posibilidades de futuro. Quién me iba a de-

cir a mí, cuando abandoné el hospicio en el coche de la familia Vidorreta, que me convertiría en el protagonista de la más amable de ellas, una que no hubiera firmado ni el más optimista de los soñadores.

Tras sumar propiedades y cifras en la cartilla del Banco Central, después de sentenciar y ajusticiar a no pocos desgraciados, en su mayor parte del medio rural, Justino Vidorreta decidió formar una familia en la capital junto a Beatriz, su recién desposada mujer. Pero la vida, esa misma que había arrebatado a cientos de vecinos, le negó aquello que más deseaba; un hijo. Eran numerosos los intentos, los médicos que visitaban y los tratamientos que imponía a su mujer, sumido en la misógina creencia de que era ella la culpable de que el apellido que lucía con la dudosa honra de quien lo enarbola sobre un mástil erigido sobre el fango, no creciera.

Por ese mismo motivo, toda vez la derrota revistió la mirada de Justino de una sobriedad apática y agrisó la, otrora jovial mirada de Beatriz, optaron por la adopción; por mi adopción.

Qué fue lo que les llevó a elegir a un niño de seis años, en lugar de un bebé, que perfectamente hubieran podido, con el tiempo y la discreción necesaria, nombrar como propio, es algo que jamás comprendí, ni quise preguntar.

Durante los años que pasé en el orfanato, las escasas enseñanzas que nos impartían las monjas se limitaban a recitar padrenuestros, avemarías y conocer todas y cada una de las bondades que la Biblia dictaba sobre los designios, inescrutables y maravillosos, del Todopoderoso. Cuando caí en la casa de los Vidorreta y añadieron dicho apellido a mi nombre de pila, apenas sabía reconocer mi nombre escrito y difícilmente garabatearlo. Por lo que mi incorporación, temprana, a la escuela, era tan necesaria como el alimento que, en pocos meses, revitalizó mi constitución y me equiparó al resto de muchachos del barrio donde comencé a vivir. Unos niños que, unos meses atrás, en lugar de haberme invitado a jugar al fútbol con ellos o a comer chocolate el día de sus cumpleaños, me hubieran mirado con ese desdén hastiado de quien contempla algo que nada tiene que ver con su vida.

Dicen que a lo bueno se acostumbra uno pronto, pero no es cierto. No recuerdo el momento en que comencé a dormir en el centro de la cama, como si creyera que la tenía que compartir con otros cuatro o cinco niños. Ni siquiera soy consciente del instante en que empecé a partir la carne con el cuchillo, a no encogerme cada vez que

alguien gritaba o a dejar de estremecerme cada vez que veía pasar a un hombre uniformado con el emblema nacional en la manga. Puede que mi edad afirmara que era un niño, pero las experiencias y el invierno que me acompañaba en ese proceso de crecimiento, aprendizaje y adaptación, me impedían olvidar quién era y por qué estaba ahí. Puede que todos saludaran y pellizcaran las mejillas de Alejandro Vidorreta, más aún cuando, con el paso de los años, me convertí en uno de los niños más brillantes de la escuela, y más tarde en un atractivo adolescente, miembro de una de las familias mejor acomodadas de la ciudad, pero no olvidaba quién era, quién continuaba siendo desde que el invierno se perpetuó en mis retinas, desde el interior de una barrica de salazón.

La vida es curiosa y, sobre todo, lo es la huella que dejan ciertos recuerdos que podrían considerarse como intrascendentes en nuestra memoria. Ahora que ya soy un anciano, apenas puedo recordar que comí ayer o la marca de los pañales que impiden que mis pantalones sean un humedal. Si echo la mirada atrás, lejos, incluso recuerdos que deberían ser relevantes de mi vida nimbán entre la neblina de la desmemoria, donde se disipan en la vejez hasta las secuencias más hermosas o trascendentales. Mi boda con Inés, mis estudios y posterior graduación en la Sorbona, el nacimiento de mis hijos, Arturo e Isaac. No puedo decir que haya olvidado esos momentos, espero y deseo que me acompañen cuando me revistan de madera, pero sí que flotan entre el celaje que disipa fechas, rostros y palabras. Sin embargo, el día en que hice que Beatriz sonriera por primera vez, desvistiendo su mirada de las telarañas que, habitualmente, le ensombrecían las pupilas; ese día está tan fresco en mi memoria que parece que lo estuviera viviendo en este preciso instante.

Habían pasado tres años largos desde la adopción y mi adaptación había sido fantástica, aunque persistía en mí ese carácter desconfiado, de perro apaleado, que hacía que mirara hacia arriba con la cabeza gacha, o aguzara el oído por las noches, por si un coche frenaba frente a la puerta. Un carácter que, para qué negarlo, me ha acompañado, al igual que el invierno, durante toda mi vida.

Era domingo, y como dictaba la costumbre de la familia, impuesta por Justino, nos levantamos temprano para ir a misa. Beatriz, en la cocina, hablaba con Marisa, la criada de la casa, sobre la comida y la disposición de los cubiertos de alpaca en la mesa, pues teníamos como invitados a unos tipos que debían ser cargos importantes del ayuntamiento, con quien Justino había empezado a hacer negocios. Sobre el fue-

go, una cazuela humeaba y Marisa me sirvió un generoso tazón de leche, que posó en un plato junto a dos rebanadas de pan con azúcar. Beatriz tomó el plato, lo colocó frente a mí en la mesa y rodeó mi cuello con una servilleta de tela, para que no me manchara la ropa de los domingos con el desayuno. Recuerdo que Beatriz olía muy bien aquel amanecer, siempre olía bien en realidad, pero aquel día especialmente, quizá hubiera cambiado de perfume, quién sabe. Mi comentario salió solo, casi se desprendió de mis labios como el agua que nace de un manantial.

—Gracias, mamá.

El tiempo se detuvo en aquella cocina. Incluso Marisa se estremeció al escucharme. Justino, al otro lado de la mesa, vestido con chaqueta oscura, camisa beis y corbata azul, me miró por encima del periódico y yo, mientras me llevaba el tazón a los labios y apuraba un trago largo que me encendió la garganta, supe que a mi lado, en pie, Beatriz lloraba con una amplia sonrisa en los labios. No alcé la cabeza para mirarla, pero lo supe.

—De nada, hijo —musitó, con un hilo de voz trémula, que apenas quebró la quietud de aquella cocina.

Después salió de la cocina con prisas, enjugándose las lágrimas con un trapo que había arrebatado de las manos de Marisa. Cuando regresó estaba radiante, hermosa como nunca, era la viva imagen de la belleza y la alegría. Desde aquel día jamás volví a llamarla por su nombre de pila, comenzó a ser mamá. Y del mismo modo yo dejé de ser Alejandro, o Jano, como me llamaban los chicos del barrio, para pasar a ser hijo, cariño, mi amor o ese sinfín de apelativos almibarados, con el que una madre bautiza a aquel da sentido a sus latidos.

Y mientras eso ocurría la vida pasaba, yo creía, y Beatriz y Justino envejecían. Y mientras mi madre lo hacía feliz, a Justino se le acartonaba la piel esperando a que el momento al que había asistido años atrás en la cocina, y que había cambiado el modo de ver la vida de su esposa, le llegara a él. Pero los años transcurrían con su ligereza habitual de restar alegrías con prisas y ralentizar las penas con un silente goteo de segundos, y yo continuaba llamándole Justino o Señor, según tuviera el día o acostumbrara la edad. Lo cierto es que me convertí en un hombre, ellos en ancianos, mis hijos en muchachos, y finalmente mi madre murió de tuberculosis con setenta y siete años. Sucedió estaba en casa y, un instante antes de que expirase, me acerqué a ella, ya inconsciente, y la besé en la mejilla.

—Adiós, mamá, gracias por todo —le susurré, haciendo que Justino se estremeciera al otro lado de la habitación, mientras contemplaba como su mujer huía de su lado, y la persona que había cuidado como un hijo, le regalaba una vez más a su esposa, lo que a él aún no le había concedido.

Tres años después de la muerte de mi madre, fue Justino el que languidecía en una inexpresiva y aséptica habitación de hospital, con la cantinela del electrocardiograma dotando a la secuencia de una sosegada y estertórea banda sonora.

El doctor Sugrañes, un tipo de barba blanca y vista fatigada, que ni siquiera una amable sonrisa tapizaba de entereza, me advirtió, antes de entrar, que apenas le quedaban unos minutos, quién sabe si cinco o cincuenta, matizó. Asentí con la cabeza, pasé al interior de la habitación y me senté junto al lecho, que en breve sería de muerte. Justino me miraba cansado, deseando ser conducido hacia ese lugar prometido por el que tantas veces había rezado.

Buscó mi mano con sus dedos, convertidos en sarmientos de una cepa añeja y le tomé la mano con la mía.

—Me voy —bisbiseó.

Asentí con la cabeza, en un ademán tardo.

—¿Y ni aun así me lo vas a regalar, ni ahora que me muero?

Sacaba fuerzas, restando minutos a su existencia. Lo necesitaba, yo sabía que era así y aun así ni siquiera flaqueé.

—¿El qué? —le pregunté, como si tuviera dudas sobre el calado de aquella pregunta y la necesidad que le había torturado durante décadas, aunque jamás lo hubiese confesado.

—¿Ni hoy me vas a llamar papá, o padre?

Puede que las palabras hubieran salido abrazadas por las interrogantes que convertían la frase en una pregunta, pero en realidad era una súplica.

Liberé sus dedos de la endeble presión de mi mano, me incliné hacia su rostro, le besé en la mejilla y acerqué mis labios a su oído. Estábamos solos en la habitación, nadie podía escucharnos, pero hay frases que deben ser pronunciadas al oído, sin la arbitrariedad de lanzarlas al albur, como si no se hablara a nadie, o a cualquiera que pudiera haber entrado en la habitación en aquel instante.

—Mi padre era Tomás Nestares, el carpintero de Navasaz al que disparaste en la cabeza por orden del sargento Vázquez, después de haber asesinado a su esposa, a

mi primera madre, mientras yo me escondía en el interior de un barril y ahí, mirando hacia el exterior entre las duelas, observaba tu rostro para tallarlo en mi memoria.

Quién te iba a decir que elegirías, entre más de cien niños, al hijo de un hombre al que tú mismo habías asesinado. Me has criado como un hijo, me diste un apellido, una vida y eres el abuelo de Isaac y Arturo...pero jamás serás mi padre, nunca lo has sido —recité con voz queda, un segundo antes de levantarme y caminar hasta los pies de la cama, donde me detuve para observar el rostro, ya cerúleo, de Justino Vidorreta, por última vez.

Él me devolvía la mirada con los ojos muy abiertos, como si acabara de descubrir que la vida es un chiste y se muriera sin encontrarle la gracia. Alrededor de los ojos comenzaron a agruparse lo que muchos hubieran llamado lágrimas. Aunque yo sabía que en realidad era ese rocío, cuarteado y albo, que las noches dejan tras de sí en los inviernos más crudos. Ese mismo invierno que me había acompañado a mí, desde la primera vez que observé el rostro de aquel hombre, ahora le envolvía a él con fuerza, como en un abrazo de ortigas gélidas que perpetuarían su escozor, allí donde sea que huyan las almas al liberarse del fungible cuerpo en el que moran durante el breve episodio de la vida.

Después, sin más, y con la apática desidia de quien cree vivir un episodio más de su vida, sin demasiado espacio para el sentimentalismo, abandoné la habitación y más tarde el hospital. Aquel mismo día llevé flores a la tumba de Beatriz, de mi madre. A las exequias de Justino Vidorreta, ni siquiera asistí.